

La evaluación como precursora de malos hábitos.

Carrizo, C.F.

Facultad de Ciencias Veterinarias. Universidad Nacional de La Pampa. Calle 5 esquina 116, General Pico - (6360) La Pampa.

ccarrizo@vet.unlpam.edu.ar

RESUMEN

La evaluación es un campo complejo y controvertido, sirve tanto para acreditar y emitir juicios de valor, como para diagnosticar, retroalimentar, reflexionar, regular y mejorar aprendizajes. El problema es que, en la práctica, las acciones de aprobar, reprobar y promover suelen tomar mayor protagonismo que el resto. Este modo de entenderla se ha instalado y se mantiene vigente en estudiantes, docentes e instituciones. La evaluación condiciona el modo de aprender, claramente se promueven un conjunto de situaciones y sentimientos que influyen en el proceso de enseñanza. Es importante trabajar en modificar la forma en que es considerada. Hay que generar un proceso de reflexión donde se eviten los rasgos negativos y se potencien otros de caracteres positivos y enriquecedores.

Palabras clave: estudiantes, educación, aprendizaje, cultura escolar, enseñanza.

Evaluation as a precursor of bad habits.

ABSTRACT

Evaluation is a complex and controversial field as it serves both to accredit and make value judgments, as well as to diagnose, provide feedback, reflect, regulate and improve learning. The problem is that in practice, the actions of passing, failing and promoting usually take greater prominence than the rest. This way of understanding has been installed and remains current in students, teachers and institutions. The evaluation conditions the way of learning, clearly promoting a set of situations and feelings that influence the teaching process. It is important to work on modifying the way it is considered. A reflection process must be generated where negative traits are avoided and other positive and enriching traits are enhanced.

Keywords: students, education, learning, school culture, teaching.

INTRODUCCIÓN.

La evaluación es un momento de trabajo escolar utilizado para recabar información con el fin de revisar los procesos de enseñanza y de aprendizaje. Se podría definir como un acto diagnóstico que se realiza en función de las expectativas de logro a alcanzar (Anijovich/González, 2011). Pueden existir varias formas de evaluar, por lo



general nos adaptamos a procesos estandarizados donde al estudiantado le toca rehacer en forma individual y en un tiempo limitado lo que ha ejercitado en clase anteriormente (Perrenoud, 2008).

Considerando que es un proceso donde se ponen en juego intereses de ambas partes en base al resultado final, es de esperarse que sea un suceso que arrastre cierto dramatismo. Con el fin de apaciguar estas sensaciones y sentimientos que rondan los procesos evaluativos, existen un conjunto de condiciones de buenas prácticas que recorren los diferentes niveles del sistema educativo. Estas aseguran que la evaluación sea un proceso sin grandes sorpresas, enmarcada en la enseñanza y siguiendo el clima, ritmo y tipo de actividades usuales de la clase (Litwin, 2008). Lo cual no le quita lo dramático, la evaluación es un claro desafío personal para el/la estudiante, donde siempre existe el riesgo de poner en evidencia los errores del proceso de aprendizaje, generándose nervios, miedos y vergüenza al momento de exponer sus conocimientos.

Entre otros desafíos los/las estudiantes, se enfrentan al rol fundamental de vencer el temor al ridículo. Es evidente que no siempre podrán enfrentar esta situación de igual manera, de aquí surgen algunos cuestionamientos. Los temores y amenazas que se instalan en los momentos de evaluación ¿Pueden alterar el curso deseado de algún proceso relacionado al aprendizaje? ¿Existe la posibilidad de que estudiantes centren sus objetivos en aprobar más que aprender?

DESARROLLO

La evaluación es un campo complejo y controvertido porque sirve tanto para acreditar y emitir juicios de valor como para diagnosticar, retroalimentar, reflexionar, regular y mejorar aprendizajes (Anijovich/González, 2011). El problema es que, en la práctica, las acciones de aprobar, reprobar y promover suelen tomar mayor protagonismo que el resto. Este modo de entenderla se ha instalado y sigue vigente en los/las estudiantes.

Es comprensible que por parte del estudiantado exista un claro enfoque en el acto de aprobar, existen variados riesgos para un/una estudiante detrás de la evaluación, es un trayecto donde existe la posibilidad de que su desconocimiento quede expuesto públicamente (Litwin, 2008). Claramente se ponen en juego situaciones que atemorizan y podrían avergonzar al estudiante, evidentemente los aspectos emocionales juegan un lugar central en la cognición. Sumado a este castigo emocional que puede generar un error en el aprendizaje, se le suman otros tipos de castigos relacionados a resultados negativos en las evaluaciones. Sobre todo, en el nivel superior, las calificaciones deficientes se asocian a pérdidas de tiempo y una consecuente pérdida económica, que dependiendo de situaciones personales que escapen del sistema educativo, pueden ser de menor o mayor gravedad. Este conjunto de situaciones hace que, en cada pregunta o actividad propuesta, exista una presión constante por obtener buenos resultados.

Para los/las estudiantes el éxito reside más en aprobar que en aprender (Santos Guerra, 2003). Un alumno/a dice haber perdido el curso cuando no aprueba, más allá de los conocimientos adquiridos. Lo fundamental es aprobar, este es un enfoque que desvirtúa el proceso de aprendizaje.

Más allá del hecho que los/las docentes siempre intentan generar una especie de contrato de equidad que contribuye a la seguridad y confianza mutua. Donde se pueden enumerar una serie de condiciones y todo pareciera estar claro, muchas de estas condiciones que influyen en un contrato equitativo, escapan del control de los procedimientos (House, 1980). Siempre existirá una incertidumbre respecto a la equidad en un contrato, donde es imposible asegurar que todas las partes cumplan plenamente las condiciones. De aquí surgen distintas situaciones, que escapan de la idea original con la que ha sido planificada la evaluación.

En el deseo de encontrar seguridad y tranquilidad, los/as estudiantes buscan diferentes alternativas para poder superar de la manera más eficiente el proceso de evaluación. Dando lugar a una serie de acciones de uso frecuente que los docentes no desean, ni desconocen. Dentro de las decisiones poco deseables por parte de los alumnos/as, podemos citar por ejemplo que: no se estudia ni se intenta aprender lo que no se evalúa. Solo importa lo que tiene efectividad, lo que resulta tangible (Santos Guerra, 2003). Lo que no es evidente o no tiene consecuencias para el éxito queda en segundo plano, queda oculto.

Una realidad de los exámenes, es que se evalúan los conocimientos conseguidos y no tanto el proceso por el cual se ha conseguido estos conocimientos, eso da lugar a que el estudiantado se enfoque en redirigir sus esfuerzos en las cuestiones importantes para obtener una buena calificación. Prestando principal atención a los temas o preguntas claves que se acostumbra hacer en la materia, resolviendo solamente los ejercicios que demanda el/la docente. Por lo general dedicando el momento previo al examen para adquirir solamente los conocimientos necesarios, que suelen incorporarse de manera temporaria y superficial. Este tipo de prácticas se van perfeccionando a medida que transcurren las evaluaciones, los/las estudiantes hacen uso de recursos en base al grado de importancia de la evaluación y a lo que se espera de ellos/as. Saben cuánto deben escribir, la profundidad con que deben abordar los temas y hasta se adaptan a distintos rituales que la situación les demande. A la utilización de este tipo de recursos se le suman otras estrategias puntuales adquiridas por la práctica de situaciones de evaluación (Perrenoud, 2008). Como saber esquivar, solicitar u orientar preguntas, obtener indicios o ayuda por parte del docente, saben explicitar sus conocimientos y ocultar las incertidumbres. Esas habilidades estratégicas exigen ciertas competencias intelectuales generales, pero están extremadamente ligadas a las situaciones de evaluación escolar y no poseen mayor interés fuera de ellas (Perrenoud, 2008).

El uso corriente de recursos y estrategias enfocadas solamente en el proceso de evaluación, son formas de desvirtuar el proceso de aprendizaje, donde el objetivo fundamental se enfoca más en aprobar que aprender. Dando un paso más directo a este objetivo y desvirtuando aún más el proceso de aprendizaje, aparecen otro tipo de malas prácticas como, por ejemplo: dedicar tiempo a intentar conseguir las preguntas que va a incluir la prueba por medio de diálogos previos con el/la docente. O bien durante el examen pedir respuestas o soplarlas a compañeros/as. Hay quienes dedican mayor esfuerzo en preparar materiales para copiarse durante la prueba que para prepararse para el examen, situaciones de trampa que se han vuelto un clásico dentro del sistema educativo, donde el profesor se obsesiona también en descubrir a quienes intentan romper las reglas del juego (Santos Guerra, 2003).

Estas acciones dejan en claro que el enfoque del estudiantado hacia el proceso de evaluación está claramente puesto en el resultado, esta calificación no solo tiene importancia individual, es un dato útil para clasificar la clase, por un lado, se encuentran quienes que han alcanzado el objetivo planteado y por otro los/las que no lo han hecho. A su vez se genera una cuantificación del nivel alcanzado individualmente por cada individuo/a, fomentando una cultura de competitividad e individualismo. Donde no solo se busca para aprobar, sino que se vuelve importante alcanzar las mejores notas con el objetivo de superar al resto de los/las estudiantes de la clase. Compañeros/as que, a partir de un sistema de cuantificación, se han convertido en sus rivales y competidores/as (Santos Guerra, 2003). Esta situación de competencia promueve acciones puntuales poco deseables para un aula y también para la vida en sociedad. Entre las prácticas habituales que persiguen el objetivo de no ser superados/as por sus compañeros/as, encontramos a la ocultación de información que se dispone, no explicar conceptos que se han adquirido o no compartir apuntes personales con el resto.

El sentido de la evaluación es algo que parece estar claro, pero no tanto su forma de ser concebida, si los/las estudiantes la tomaran como un proceso de comprobación, de diálogo y de comprensión para su propia mejora, muchos de estos rasgos no estarían tan afianzados a la cultura escolar (Santos Guerra, 2003). Realizar cambios en las técnicas de evaluación no tendría impacto en esta situación, lo importante es trabajar en modificar la forma en que es considerada.

Al momento de hablar de malos hábitos durante el proceso de evaluación, no solo los/las estudiantes protagonizan esta faceta. Los/las docentes por nuestra parte también cometemos acciones que van en desmedro del buen aprendizaje. Al momento de evaluar elaboramos pruebas incluyendo solamente cuestiones medibles, dejando de lado otras que no poseen esta característica, pero que podrían tener una importancia relevante. Operativamente deseamos que las evaluaciones sean fáciles y rápidas al momento de corregir. Al realizar las correcciones exigimos cierta lealtad, como en la utilización de ciertos mecanismos de resolución o la aplicación de la bibliografía que hemos propuesto. En definitiva, solemos buscar que aplaudan lo que nosotros/as aplaudimos y rechacen lo que rechazamos. Más de una vez sostenemos la pluralidad de concepciones y puntos de vista, pero es la pluralidad que aceptamos y reconocemos (Litwin, 2008).

Se han enumerado ejemplos de ciertas trampas que ejecutan los/las estudiantes y los/las docentes. Las instituciones tampoco quedan exentas de situaciones irregulares, considerando que se encuentran continuamente sometidas a procesos y presiones por parte del gobierno. El Ministerio de Educación impone ciertas prácticas evaluativas que en forma silenciosa se asocian a políticas de asignación de recursos (Litwin, 1994).

Cuando se avalúan los centros educativos, lo importante es hacer quedar bien a la institución. A partir de esta situación, se pueden generar comportamientos poco deseables: como pedirle a estudiantes retrasados en el aprendizaje que no acudan el día de la evaluación o informándolos/as acerca del contenido del examen que les será tomado para dicho evento. Lo importante en este tipo de pruebas, parece residir en dejar al centro educativo lo mejor parado y no hacer un diagnóstico real de la institución (Santos Guerra, 2003).

Es necesario analizar cómo se forman, desarrollan y se mantienen estas culturas que genera la evaluación, para eso será necesario analizar las prácticas profesionales e interrogarnos sobre nuestro accionar. Investigar de forma rigurosa sobre los procesos de evaluación, considerando sus múltiples dimensiones y significados, nos pone en el camino de la mejora (Elliott, 1993).

CONCLUSIONES

La evaluación condiciona el modo de aprender, claramente se promueven un conjunto de situaciones y sentimientos que influyen en el proceso de enseñanza. Existen situaciones asociadas al resultado que generan distintos tipos de emociones. Algunas asociadas al fracaso como: el miedo, la vergüenza y sentido de estar bajo amenaza. En el caso de resultados satisfactorios también nos encontramos con situaciones poco deseables, como el incentivo de la cultura de la competencia y el individualismo.

Los/las estudiantes, no solo ponen en juego sus conocimientos en las evaluaciones, en cada prueba se juegan el honor, cuestiones personales y en casos su economía. Con el fin de enfocarse en obtener resultados beneficiosos en los exámenes, a menudo se buscan alternativas que escapan del acto del buen aprendizaje y la correcta comprensión. Como la utilización de enumerados recursos, prácticas y estrategias, que, si bien demandan de la adquisición de ciertas competencias intelectuales, son habilidades que fuera del proceso de evaluación no tienen utilidad.

La implementación de malos hábitos por parte de quienes tienen la función de enseñar, en algunos casos habilita al estudiantado a imitar el proceder y en otros a impulsar un accionar que los desvía del camino del buen aprendizaje en pos de adaptarse a demandas particulares de los docentes.

Hay que generar un proceso de reflexión donde se eviten los rasgos negativos y se potencien otros de caracteres positivos y enriquecedores. No es tarea fácil y no solo es función de las instituciones educativas, es necesario un trabajo conjunto a nivel social, ya que muchos de los patrones de comportamiento enumerados en este artículo, corresponden a mecanismos perversos implantados en la sociedad.

Para finalizar es bueno dejar en claro que la presencia de estos malos hábitos, no estarían indicando que la evaluación sea un accionar erróneo dentro del proceso de enseñanza. Por desgracia malos hábitos y costumbres siempre aparecen en todo evento donde haya intereses particulares en los resultados obtenidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Anijovich R. y González C. (2011). *Evaluar para aprender. Conceptos e instrumentos*. Aique grupo editor. Buenos Aires.
- Elliott J. (1993). *El cambio educativo desde la investigación-acción*. Ediciones Morata, Madrid.
- House E. R. (1980). *Evaluación, ética y poder*. Traducción 1997. Ediciones Morata, Madrid.
- Litwin E. (2008). *El oficio de enseñar*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Litwin, E. (1994). *La evaluación de programas y proyectos: un viejo tema en un debate nuevo*, en Puiggrós, A. y Krotsh, P. (comps.) *Universidad y evaluación*. Aique grupo editor. Buenos Aires.
- Perrenoud p. (2008). *La evaluación de los alumnos*. Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Santos Guerra M.A. (2003). *Una flecha en la Diana. La evaluación como aprendizaje*. Editorial Narcea, España.